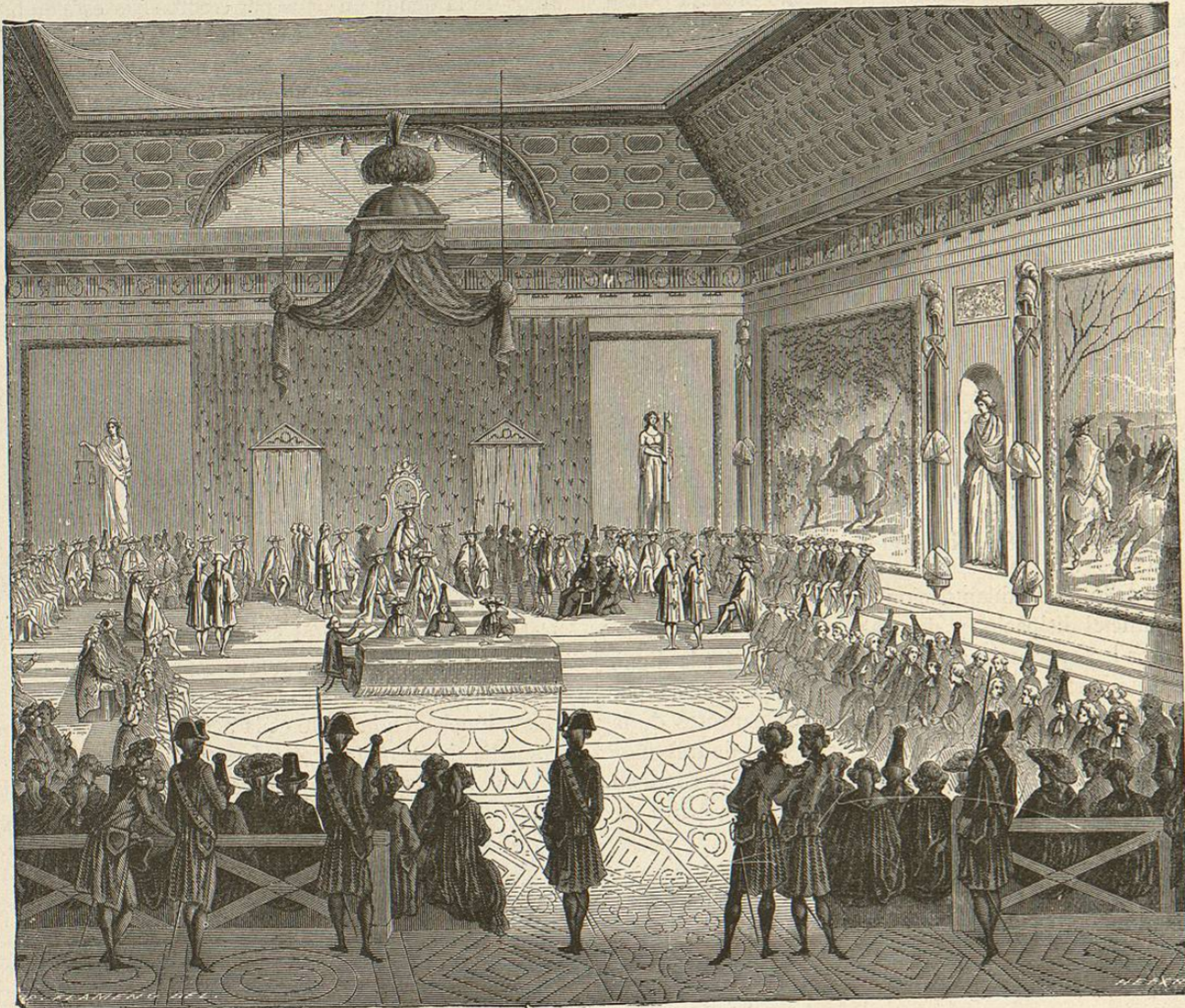


que en las mas importantes. Por medio de una ley expresa habia reservado los cargos de oficiales de su ejército para los jóvenes cuyos títulos de nobleza se remontaban por lo menos á cuatro generaciones, y en virtud de un acuerdo de la corte, que no fué promulgado públicamente, las prebendas eclesiásticas, desde los mas modestos prioratos hasta las abadías mas ricas, estaban reservadas para los sacerdotes nobles (1). Pues bien, Beaumarchais usaba, hablando de la nobleza de sangre, el lenguaje de un demagogo: véase en prueba de esto el mencionado monólogo de Fígaro en la escena tercera del quinto acto, cuyas palabras son casi todas

otras tantas censuras acerbas de las opiniones del monarca. En él se dice: «No, señor conde, no lo conseguireis. Porque sois un gran señor os creéis un gran talento. ¡Nobleza, riqueza, categoría, empleos, todo esto os pone tan orgulloso! Pero ¿qué habeis hecho para poseer tantos bienes? No os habeis tomado mas trabajo que el de nacer; por lo demás, sois un hombre vulgar; al paso que yo, perdido entre las oscuras masas, solo para vivir he tenido que emplear mas ciencia y talento del que se ha empleado en España para gobernar durante cien años el reino. ¿Puede darse nada mas admirable que mi habilidad? Hijo de un padre desconocido, robado



Asamblea de los Notables

por bandidos, educado en sus costumbres, me disgustó aquel género de vida y busqué la carrera de un hombre honrado. ¡En todas partes me rechazaron! Aprendí la química, la farmacia y la cirugía, y toda la influencia de un gran personaje no me llevó á otra cosa mas que á empuñar la lanceta de

(1) Campan: *Mem.*, I, 237. Otra decision de la corte que no pudo ser anunciada por medio de un edicto disponia que en lo sucesivo todas las prebendas eclesiásticas, desde los mas modestos prioratos hasta las mas ricas abadías fuesen privilegio exclusivo de la nobleza. El abate Vermond, hijo de un cirujano de aldea, que tenia mucho poder en todo lo concerniente al ramo de beneficios, estaba penetrado de la justicia de esta decision y opinaba que los bienes de la Iglesia debian, en lo porvenir, estar destinados á sostener á la nobleza pobre; que esto era conveniente al Estado, y que un sacerdote plebeyo, feliz con poseer un buen curato, no podia pasar de allí. La conducta del clero en 1789 se explica de este modo tan perfectamente como la de los sargentos y cabos despues de la ley de Segur. Este debia su destino á María Antonieta y Vermond habia sido su preceptor y confesor.

veterinario. Cansado de martirizar animales enfermos, me decidí á adoptar una profesion enteramente opuesta: me lancé al teatro. ¡Ojalá me hubiese antes atado al cuello una rueda de molino! Forjé una comedia de costumbres del serrallo: como poeta español, creí poder atacar sin escrúpulo alguno de conciencia á Mahoma; pero al momento salió, no sé de dónde, un embajador quejándose de que yo en mis versos habia ofendido á la Sublime Puerta, á Persia, á una parte de la peninsula india, á todo el Egipto, al reino de Barca, á Trípoli, á Túnez, á Argel y á Marruecos, y mi comedia fué quemada para complacer á algunos príncipes mahometanos, ninguno de los cuales, segun creo, sabe leer, y todos ellos nos confunden llamándonos *perros cristianos*. Cuando no se puede hundir á un talento se venga uno maltratándolo. Mis mejillas estaban demacradas, habia perdido el tiempo: ya veia al espantoso alcaicil con la pluma en la peluca. Temblando reconcentré todas mis fuerzas. Por aquel

tiempo se promovió una discusion sobre la esencia de la riqueza; y como de lo que se escribe no se suele tener nocion alguna, y como en mi bolsillo no habia un cuarto, me puse á escribir sobre el valor del dinero y sobre su renta. En castigo de mi atrevimiento, ví entonces bajarse delante de mí el puente levadizo de una fortaleza, ante cuyas puertas tuve que despedirme de la libertad y de la esperanza. ¡Oh, si pu-

diera tener entre mis manos una de esas grandezas del dia que causan tanto mal cuando una desgracia merecida ha echado abajo su vanidad! Yo le diria que las maldades que se escriben solo tienen valor allí donde hace uno su carrera; que allí donde no hay libertad de censura, las alabanzas no pueden halagar á nadie; que solo los hombres insignificantes tienen miedo á los escritos de poca monta. Cansados de



El conde de Artois

El conde de Provenza

mantener á tan oscuro pensionario, mis carceleros me plantaron en la calle, y como al mediodía es preciso comer aunque no esté uno encerrado en la cárcel, volví á cortar mi pluma y pregunté á uno de qué se trataba á la sazón. Díjome que durante mi encierro se habia introducido en Madrid un sistema de venta libre de productos que se habia de hacer extensivo á la prensa, y que si no se hablaba de la autoridad, ni del culto, ni de política, ni de moral, ni del gobierno, ni de las corporaciones del Estado, ni de la ópera, ni de los demás espectáculos, ni de todo aquello de que se puede hablar con cierta cohesion, todo lo demás podia ser impreso bajo la inspeccion de dos ó tres censores. Para aprovecharme de tan dulce libertad, anuncié un periódico, y en la creencia de que no molestaría á nadie le dí el título de: *El Diario*

REVOLUCION FRANCESA

*inútil*. ¡Ay de mí! Mil pobres diablos de la pluma se volvieron contra mí: mi periódico fué prohibido y me quedé sin pan. La desesperacion iba á apoderarse de mí; se trató de buscarme un destino y tuve la desgracia de servir para el objeto. Solicitábase un calculista, y un bailarín se llevó la plaza. En estas circunstancias no me quedaba mas recurso que robar: fui banquero y dejé jugar al faraon; allí hice yo mi suerte, comia en la fonda y las personas llamadas *comme il faut* me abrian las puertas de sus casas y cobraban para sí la tercera parte de las ganancias. Entonces pude levantarme á gran altura, y comprendí que para ser rico era mejor que el *saber el saber hacer*. Pero como todos me saqueaban y aun me pedian que fuese honrado, hube de sucumbir. Entonces quise apartarme del mundo: veinte toesas de agua



habían de separarme de él, cuando un dios bondadoso me devolvió á mi primitiva profesion. Volví, pues, á coger mi estuche de barbero y mi cuero inglés, dejando el vértigo para aquellos que de él viven y la infamia en medio del camino porque molesta á los que van á pié; ahora, pues, voy afeitando de ciudad en ciudad, y por fin he logrado vivir sin cuidados (1).»

El rey comprendió perfectamente cuán sangrienta era la sátira; no así la nobleza, á quien se aludía y cuyos caracteres se veían tan fielmente retratados en ella. La comedia que el rey juzgó despreciable y no representable y que, por este motivo, Beaumarchais con santa resignacion regaló tan solo á sus amigos mas íntimos, como manuscrito destinado á no ser impreso nunca, fué sacada de la oscuridad y dada á la luz pública por la misma nobleza cortesana. La frase de Figaro de que «solo los hombres insignificantes tienen miedo á los escritos de poca monta» hizo suerte. Los talentos mas obtusos se disputaban el honor de dar una prueba de alta inteligencia, no solo no encontrando mala aquella produccion, sino considerándola incomparable. Uno de aquellos para quienes parecia haberse inventado especialmente la frase («no habeis tenido mas trabajo que el de nacer,» el primogénito del mariscal Richelieu, el duque de Fronsac, hombre que no pudo nunca escribir bien una simple carta, visitaba y escribía con frecuencia á Beaumarchais (2) para manifestarle, en términos halagüeños, que la princesa de Lamballe y él mismo ardían en deseos de conocer *El matrimonio de Figaro*. «Os invitaré á comer, le decia, y luego iremos á casa la princesa.» Despues de haberse excusado por dos veces, Beaumarchais por fin accedió á los deseos del duque y leyó su comedia delante de una sociedad escogidísima. El baron Grimm solicitó una lectura de la comedia ante los grandes príncipes de Rusia, el que despues fué Pablo I y su esposa, que se encontraban entonces en Paris; Beaumarchais, con su talento y su bella dicción, alcanzó, segun refiere la baronesa de Oberkirch, un éxito tan extraordinario que, sin que sepamos de quién emanara, el actor del teatro francés recibió orden de estudiar la referida comedia. En Versalles mismo, en la sala del *Hotel des menus-plaisirs*, debía darse la primera representacion: los billetes de entrada fueron distribuidos entre toda la corte; en las calles vecinas se agolpaban los coches cuando, en el momento de levantar el telon, llegó un mandato del rey prohibiendo la representacion. «Esta orden del rey fué considerada como un atentado á la libertad pública. El desengaño por todos sufrido causó tal indignacion que las palabras opresion y tiranía se pronunciaron con un apasionamiento y una dureza que no encontramos en los últimos dias que precedieron á la ruina del trono (3).» Pronto circuló por la corte el rumor de que el autor habia suprimido ó modificado aquellos trozos de su comedia demasiado intencionados; esto no era cierto, pero como tal se creía. La comedia así mutilada no podia causar mal alguno, y al fin el rey, confiado en que fracasaria en medio de los bostezos del aburrimiento (4), dió su permiso para que se representara en una fiesta que celebraba la corte en Gennevilliers. A fuerza de repetidas instancias del conde de Artois, del señor de Vandreuil y de la señora de Polignac, fué puesta en escena en setiembre de 1783 ante una selecta concurrencia, de la cual no pudo formar parte la reina por impedírselo una ligera indisposicion. El éxito fué tan extraordinario que Beaumarchais pudo esperar

(1) *Œuvres complètes de Beaumarchais, précédées d'une notice sur sa vie et ses ouvrages par M. Saint-Marc Girardin*. Paris, 1837, págs. 175-176.

(2) Loménie: *Beaumarchais*, II, pág. 298.

(3) *Mémoires*, I, pág. 279.

(4) Campan, *Mém.* I, pág. 281.

que se le permitiera representarla públicamente. El rey se resistió durante siete meses y dispuso que cuatro censores examinaran la pieza; pero estos quedaron tan entusiasmados que involuntariamente se convirtieron en ardientes defensores de Beaumarchais, y sin hacer en la obra modificación alguna que alterara su espíritu, fué representada por vez primera con éxito sin igual en 27 de abril de 1784 en el teatro francés. *El Diario de Paris* del día 29 de abril se expresaba en los siguientes términos: «El deseo ardiente de asistir á la primera representacion de *El matrimonio de Figaro* que se verificó anteayer, parecia cosa de fábula, y no pudo sorprender á nadie. La continuacion de *El barbero de Sevilla* ya era por sí sola bastante para despertar la curiosidad de los aficionados al teatro, pero además habian ocurrido otras circunstancias que aumentaban la excitacion que naturalmente habia de producir la comedia. Al placer que debe experimentar un autor al ver concurrir tan gran número de aficionados, se une el peligro de que su obra sea escuchada con poca tranquilidad: así aconteció con esta pieza, que á pesar de su éxito excitó á veces tumultos y murmullos. A esto contribuyeron varias causas: en las representaciones que atraen tan numerosa concurrencia, el poeta no produce débiles impresiones: la comedia buena ó mala no deja impasible á nadie: lo que no gusta, irrita; lo que gusta, excita entusiasmo. De aquí que la nueva comedia produjera en ciertos momentos verdaderas tempestades, pues el autor, que quiere aparecer siempre original y en su consecuencia incurre á veces en lo extravagante, no peca ciertamente de timidez de estilo y se atreve á usar giros que es preciso oír por lo menos dos veces para entenderlos. Las muestras de desagrado fueron, sin embargo, escasas y de corta duracion, pues los aplausos estallaban de continuo y rayaban en delirio (5).» El artículo despues se limitaba á hablar de la trama y desarrollo de la comedia, de los caracteres y de la maestría de la ejecucion. En su sentir, la comedia era simplemente una obra dramática y su éxito un acontecimiento en la vida teatral: nada decia de la sátira, ni de la verdad de los cuadros por medio de los cuales el poeta flagelaba lo artificial de aquel estado de cosas. Las manifestaciones tumultuosas de desagrado de que el citado periódico habla, podian atribuirse no solo á ciertas palabras aventuradas de la comedia, sino tambien á la irritacion que otras despertaban hiriendo ciertas susceptibilidades. Probablemente así lo comprendió el articulista; pero la sociedad parisiense, lo propio que la corte, justificaban, al parecer, la frase de Basilio: «No sé quién engaña á quién, porque todo el mundo está en el secreto.»

*El matrimonio de Figaro* fué la obra predilecta del Teatro francés, la comedia favorita de los parisienses: sus representaciones se sucedían sin interrupcion y cada día era mayor el éxito; cada representacion era una nueva derrota de la nobleza, que tan bien la habia acogido, y del rey, que habiendo comenzado por prohibirla, tuvo por fin que ceder. La sociedad que con sus ruidosos aplausos se censuraba públicamente á sí propia, se parecia á aquellas damas de alta clase que no se avergüenzan de desnudarse delante de su criado porque creen que no es un hombre sino un esclavo.

Mientras de esta suerte la escena del Teatro francés se convertía en lugar de suplicio donde se sacrificaba á la nobleza á lo menos una vez por semana, la reina era víctima de una catástrofe como no la hubiera podido imaginar mas cruel ni mas páfida ninguno de sus muchos calumniadores. La austriaca recibió un golpe que le dió el triste convencimiento de que á los ojos del pueblo, ó no habia sido nunca honrada ó habia perdido para siempre la consideracion de tal.

(5) *Journal de Paris*, 1784. N.º 120, pág. 524.

Era el 15 de agosto de 1785 y en Versalles se celebraba la fiesta de la Asuncion de la Virgen. El rey, la reina, el ministro de Justicia y el baron Breteuil estaban reunidos, antes de la misa, en el gabinete en que comunmente se celebraban los consejos de ministros. El cardenal de Rohan, vestido de pontifical, estaba á punto de salir á celebrar la misa cuando el rey le mandó á llamar y le preguntó: «¿Habeis comprado al señor Böhmer un collar de diamantes por 1.600.000 francos?» «Sí, señor, contestó el cardenal.» «¿Qué se ha hecho de esa joya?» volvió á preguntar el rey. El cardenal aseguró que no lo sabia. «¿Habeis comprado, añadió el rey, diamantes por cuenta de la reina, y habeis tenido un documento que para ello os autorizaba?» Esta pregunta desconcertó al cardenal; dijo que le habian engañado é imploró gracia. El rey, comprendiendo que turbado como estaba no podria contestar nada mas de palabra, le ordenó que pasara á un gabinete contiguo y que escribiera sin testigos lo que tuviera que decir en su defensa. Al propio tiempo le entregó un escrito en que se le acusaba de haber comprado por cuenta de la reina los mencionados diamantes en casa del joyero Böhmer á quien habia presentado una carta, firmada por María Antonieta, reina de Francia, en la que se le autorizaba para realizar la compra.

Al cabo de un cuarto de hora volvióse á presentar el cardenal, sin haber refutado ninguna de las acusaciones y sin haber podido aducir en su defensa otra cosa sino que una señora llamada de La Motte le habia entregado el billete de la reina. El rey preguntó quién era esta señora. «Señor, contestó el cardenal, lo ignoro, pues no la he visto mas que una vez.» Entonces tomó la reina la palabra. «Parece increíble, señor mio, dijo, que ni por un momento hayais podido figuraros que yo confiaba á una persona desconocida un asunto de tal importancia. Además, debiais haber comprendido hacia tiempo el concepto que me merecis y tener por cierto que no habia de confiaros nunca un encargo. Pero ¿dónde está el billete por mí firmado que os entregó esa señora de La Motte?» El cardenal contestó que lo ignoraba, asegurando que no era culpable de otra cosa sino de haberse dejado engañar y rogando encarecidamente que no se hablara del asunto, pues todo seria pagado. «No pagareis nada, replicó el rey, pero ni como rey ni como esposo puedo consentir en que el asunto termine así, pues la reina quedaria expuesta á un gran peligro; por esto os hago saber que al salir de este gabinete seréis reducido á prision.» Así fué: en la sala llamada «de la Claraboya» esperaba al cardenal el duque de Villeroy con los guardias de corps, que le condujeron á la Bastilla, con gran sorpresa de todos los cortesanos (1).

De este hecho resultó una novela que seria tomada por una invencion ridícula si no fuese tan bien aseverada (2). El cardenal Luis de Rohan, capellan mayor del rey de Francia, obispo de Estrasburgo, poseedor de un gran número de riquísimas abadías, era uno de aquellos personajes de elevada cuna á quienes se señalaba con el dedo como el oprobio de la Iglesia y de la nobleza. A consecuencia de una vida de disipacion, se habia vuelto á los cincuenta años tan imbécil que una hábil prostituta logró hacerle víctima de sus engaños. Era cierta condesa *La Motte*, que por su pretendida descendencia de un bastardo de Enrique II, añadía al suyo el nombre de la casa de Valois, y le contaba entre el número de sus cortejos. A ella confió el cardenal que no podia

(1) Segun la memoria del testigo ocular y auricular baron de Stael Holstein: *Correspondance diplomatique*, p. p. L. Leouzeu le Duc. Paris, 1881, págs. 21-23. Despacho número 25, de 18 de agosto.

(2) Para lo siguiente, véase Amadeo Renée: *Louis XVI et sa cour*, segunda edicion. Paris, 1858, pág. 284.

sufrir por mas tiempo el desden con que le trataba la reina desde que habia sido embajador en Viena, y ella le hizo creer que tenia un medio seguro para reconciliarse con María Antonieta. El joyero de la corte, Böhmer, tenia entre sus preciosos diamantes un collar que habia ofrecido por 1.600.000 francos á la reina, la cual habia desistido de adquirir tan cara joya, pues con lo que costaba podian comprarse dos buques de guerra. El joyero insistió en su oferta, pero la reina se mantuvo inflexible (3), á pesar de su gran pasion por las piedras preciosas y de no merecer el dictado de económica. «Ese collar, decia la La Motte al cardenal, os conquistará de nuevo el favor y aun el amor de la reina, si lo adquirís para ella.» Unos billetes falsos con la supuesta firma de la reina le prometían una dicha próxima. Una cita nocturna en el parque de Versalles con una mujer que se parecia á la reina y que dijo al cardenal, vestido de mozoquetero: «¡Lo pasado está olvidado!» acabó de volver loco al amoroso prelado, y un billete con la firma: «María Antonieta, reina de Francia,» le autorizó para comprar los diamantes. Así lo hizo, pagando por ellos 1.400.000 francos, y despues de dos años de haber alentado las mas ridículas ilusiones, cayó sobre él, el 15 de agosto de 1785, el rayo de que ya hemos dado noticia.

Con gran excitacion vióse en el Parlamento de Paris el proceso del cardenal encerrado en la Bastilla, advirtiéndose desde luego, con gran espanto de la reina, que la corte, la nobleza, el clero y el pueblo abrazaron como un solo hombre el partido de la víctima del odio de la austriaca. El acusador público proponía que se obligara al cardenal á declarar en pleno tribunal que habia obrado con ligereza; á pedir delante del tribunal perdon al rey y á la reina; á dimitir su cargo de capellan mayor, á no permanecer en ningun lugar en donde se encontrara la real familia, á pagar una multa cuyo importe fijaria el tribunal y á permanecer en la cárcel mientras no se cumplimentara la sentencia. ¿Qué hizo, sin embargo, el tribunal? Decidió por una mayoría de cinco votos la libre absolucion del cardenal, con lo cual no solo dejó impune la afrenta inferida á la reina al considerarla como venal cortesana, sino que declaró delito toda persecucion dirigida contra el ofensor. Lo peor fué la buena acogida que la poblacion dispensó á esta sentencia. El conde Mirabeau, en 22 de mayo de 1786 habia regresado de Berlin á Paris, en donde pensaba permanecer poco tiempo: una vez en esta capital encontró la poblacion conmovida por el curso de aquel proceso. En 31 de mayo se publicó la sentencia. Mirabeau escribió acerca de este particular: «A las diez se dictó la absolucion sin reserva alguna: el pueblo invadió las calles de los alrededores del palacio y las salas desde las cinco de la mañana. No sé adónde hubiera podido huir el Parlamento si la noticia hubiese resultado falsa; el pueblo acosaba, abrazaba y besaba á los jueces: quinientos hombres se echaron al suelo: aquello era un delirio. Treinta años antes, el cardenal hubiera estado perdido sin remision: la autoridad hubiera cubierto el absurdo con la tiranía; por fortuna actualmente no puede proceder de tal manera. La prueba es dura, pero decisiva (4).» Cuando el cardenal salió de la Bastilla recibió una carta sellada del rey en la cual se le desterraba á una de sus abadías y se le destituía del cargo de capellan mayor. La corte no pudo hacer otra cosa para vengar el honor de la reina, la cual anegada en llanto decia á su camarista: «Venid, compadeced á vuestra reina ultrajada que acaba de ser víctima de las intrigas y de la injusticia. Si no he podido encontrar jueces equitativos tratándose de un atentado contra mi carácter, ¿qué habeis de

(3) Campan, *Mémoires*, II, pág. 3.

(4) *Mémoires*, IV, pág. 235-236.